

EL GENERADOR DE CUENTOS

Empezaré confesando que este argumento no es mío, pertenece a otro. Al que le confié la labor de *ghost writer*. Esto, realmente, es una gran exageración, su cargo no es relevante y su tarea, minúscula.

Por caprichos de mi “jefe directo” – que nada sabe del oficio, pero por sus padrinos obtuvo dicho cargo-, me puso a dirigir la edición impresa de una revista anual que representa a la compañía. Soy informático, no un redactor, pero trabajo como *webmaster* en un periódico digital que, con propósitos políticos, “clona” noticias de otros medios. *Guerrilla warfare* es como mis superiores se refieren a mi labor. Y nosotros, los peones, intentamos cada día palear hondo para que ni nuestras madres descubran este monumento de vergüenza y mediocridad.

Ninguno de nosotros quiere que se le asocie con lo que hace. Sin embargo a mi contacto – a quien pedí me ayudara en dicha sección de la revista - poco le importa lo que digan o sepan de él. No me exijas nombres y debes de entenderme. No empezaré precisamente, aunque me digas que Guayaquil un pañuelo y que todos somos el primo o el ñaño de cualquier pendejo que señales de esta ciudad. No insistas, ¿entiendes? Que no te inquiete cada detalle sin importancia.

Esto es sencillo: lo que necesito contarte es muy puntual. Yo no escribo, ni me interesa, ya lo sabes. Lo mío es la informática. Pero mi “jefe”, un total inepto, me puso a cargo de una tarea que no es mi especialidad. De paso, insiste en que incluya en la revista, una historia divertida, una anécdota o cuento. Dice que tengo cara de saber de esas cosas. No lo entiendo. ¿Por qué se le habrá ocurrido eso? Nadie de la oficina me quiere dar una mano en ese asunto. Porque... ¡vamos!, ¿has escuchado hablar acerca del trabajo “sobre tiempo”, y de la explotación? Pues en la empresa pasa eso. Allá debemos de ser multifuncionales, poner el hombro y colaborar, porque si no te gusta – o si te miran mal -, te puedes ir, de largo, así de sencillo.

Claro... los trabajos abundan en este país.

– Es raro hablar contigo – me interrumpes –. Me cuentas muchas veces cosas que ya sé. Y te armas unos monólogos súper aburridos. Wow, espera. Creo que ni te das cuenta de que estoy frente a ti. ¿Hellooooo?

Te miro en silencio, sabes que te juzgo. Sé que te gusta hablar conmigo, ahora más que antes. Te sonrío y tolero porque necesito tu ayuda. Pero esto es una farsa. Ya que yo si me acuerdo bien de ti. Eras y eres ese chico del Deutsche Schule que pasaba todos sus recreos hablando a solas. Te sentabas debajo de ese ceibo, en pleno campus, donde las iguanas soltaban sus danke-gracias desde las ramas. Y todo el mundo pasaba cerca; porque ese ceibo estaba en el centro de todo. Nadie te daba un hola, nadie quería saber de ti.

– ¿Sufres de Alzheimer? Es como la quinta vez que me cuentas ese relajo de tu trabajo.

– Entonces entenderás por qué necesito la ayuda del *copywriter*. – te digo –. Sí o sí.

– Je, je. Entiendo. – respondes y pausas –. Oye, ¿puedes hacerme un favor? Eh, mira...no lo tomes a mal, ¿pero puedes dejar de dirigirte a mí en tercera persona? Te juro, se escucha bien raro.

A ver... ¿Y a esta edad te llega a importar las rarezas? Mira tú – Claro que te puedo complacer. Recapitulemos, llevas años sin que te importe lo que digan de ti y ¿ahora sales con esto? Luego vas a salir con la idea de que te tutee. Idiota.

En nuestra niñez, nunca nos topamos, solo de vista. Nunca fuimos compañeros de aula: eras del paralelo C y yo del E. No teníamos amigos en común. De hecho, empezamos a tratarnos ya de adultos. ¿Y qué nos unió? Como ya he dicho, no me gusta redactar. Soy casi como uno de esos chistes que cuentan los abuelos sobre el analfabeto que afirma que sabe escribir pero no leer. Ese es mi caso, parecido, o al revés, aunque peor.

Recuerdo un pana, Xavier, me invitó a participar en un taller literario dirigido por el ilustre *Mario Lederman*, famoso por sus novelas de misterio. A mi pana le gustaban mis

ocurrencias por lo que sugirió que le diera una oportunidad a la escritura. Iniciamos con solo tres integrantes, pero *Lederman* sugirió buscar a más personas.

– Disculpa – me interrumpes –. Habías dicho que nada de nombres, ¿cierto?

– Sí, no suelo dar nombres. No nace en mí.

– Ok, entonces déjame entender. ¿Me estás proponiendo que te ayude, gratis, y que no saldré ni en las fotos?

– Exactamente. Gracias.

Llegaste al taller sin invitación. De hecho, ahora que recuerdo, te presentaste como amigo de mi pana. Pero él me aseguró que no te conocía. Incluso hoy gruñe cuando das signos de vida. Por ahí comentaban que el pito se armó porque ambos compartían el segundo apellido, y mi pana no deseaba que le asociaran contigo. No lo culpo, nadie que te conozca desea verse vinculado a ti.

Demostraste tener talento, uno peculiar, sin lugar a dudas. A diferencia de mí que siempre fui lector/espectador; tú fuiste y eres un generador de cuentos, imparable. En todas las sesiones presentabas un texto que maravillaba a nuestra diminuta audiencia. Eran historias llenas de humor y fantasía, donde se plasmaban la lógica y lo irreconocible. Además te habías metido al bolsillo a la crítica, pero ese era el único momento que recibías reconocimiento o respeto. Vivías un instante efímero, mágico, e irrelevante porque fuera de esas cuatro paredes del taller y de ese instante, no eras nadie. Todos te olvidaban, y solo eras el tipo raro que iba por las calles hablando solo. No conozco a nadie que haya hablado bien de ti, o que te recuerde con cariño. Pero allí, en ese taller, en ese punto fijo del tiempo, tenías valor, y me bofeteabas con tu insolencia. Era yo el “Salieri de tu Jean Valjean”. Porque en mis manos el papel estaba siempre desnudo, vacío, sin nada que compartir. Siempre fui y seré lector, mi mente es analítica, no inventiva. Y durante un año, cada sábado, me lo refregabas en la cara. Era un martilleo de lo que yo hubiera querido tener – pero no precisamente tu vida; eso no.

– Mira, sabes que me ha sido difícil pedirte esto después de no habernos hablado, ni visto por años. Tengo mucho trabajo, poco tiempo, y poca cabeza para esto... Sabes que escribir no es lo mío.

– Deberías intentarlo, – respondes – creo que tienes todo el potencial.

– Fácil resulta para ti; pero yo no puedo. Lo intento y me bloqueo. Llevo dos semanas martirizándome, pensando, leyendo, sufriendo malas noches, imaginando cualquier cosa, pero no encuentro nada sobre qué narrar. Todo lo que se me ocurre son minucias, sin impacto. Mi desesperación me ha llevado hasta a pedir ayuda a mis compañeros de trabajo. Y ¿sabes qué me contestaron esos malditos? Primero, obvio, que yo estaba a cargo de esa tarea y que ellos no lo iban a escribir. Segundo, y asumo que bromeaban, me sugirieron que me inventara una historia sobre el “jefe”. Sobre cómo una persona sin talento llegó al puesto de poder que tenía. Pero... Yo jamás haría eso.

– Ajá.

– Hasta me han sugerido que copiara un cuentito del Internet, que nadie lo iba a notar. Mencionaron uno de Crónicas Marcianas, de Ray Bradbury; y me retaron a que lo copiara palabra por palabra. A ver si tenía huevas.

– Raro ese pedido. Y claramente, eso sería plagio.

– La plena. Y obviamente, no voy a arriesgar mi trabajo.

(Ambos hacemos una larga pausa, hasta que te atreves a acotar).

– Así toca, my friend. Y bueno, qué te diré, no sé qué vas a hacer.

(Y ríes).

– Sabías a qué venía, ¿qué deseas por el encargo? ¿Plata? ¿Cien? ¿Quinientos?

– Yo solo deseo tu respeto.

– ¿¡ (-_-) !? – no digo nada, solo dejó una cara de desentendimiento.

– Es simple. Escribe un cuento – tuyo – y aunque no te guste; inclúyeme. Describe cómo me conociste y hazme saber lo que piensas de mí. Corrección, no seas muy sincero. Escribe algo que me halague y me haga sentir bien. La práctica te hará bien.

No quisiste saber más y me dejaste solo. No me quedó más opción. Ya en casa, tomé una pluma y escribí, mi primera historia, sobre dos enemigos que se encuentran en un café y que después de mucha insistencia, uno le entrega un cuento al otro. El escritor, vencido, abre su maletín, mete su cabeza dentro y desaparece.

Días más tarde, por el catorce, casi a media noche antes del límite de mi entrega, llega un correo donde cumples tu cometido. Ríe porque la primera oración decía:

“En los últimos años del siglo veintiuno nadie había creído que los asuntos humanos eran observados aguda y atentamente por inteligencias más desarrolladas que la del hombre.”